



Del monopolio del poder político al duopolio de la cohabitación

HUGO ENRIQUE SÁEZ

Estoy consciente de que escribo con la indignación a flor de piel. Sin embargo, ello no significa perder la objetividad, si a ésta la entendemos como la forma de mirar con transparencia los objetos y los procesos reales. Nos hallamos inundados por una exagerada verborrea democrática que se emplea con el exclusivo fin de maquillar lo que significa la actual transición política en México: se está pasando de un régimen monopolista del poder (concentrado en el PRI, con algunos partidos satélites) a otro basado en la cohabitación de un duopolio (PRI-PAN, que por su fuerza mayoritaria en las instituciones pretenden nulificar todo tipo de oposición). Se habla de estado de derecho, de aplicación de la ley “hasta sus últimas consecuencias”, de recuperar el orden perdido. Pero el hilo de la ley se corta por lo más delgado: cárcel de extrema seguridad para líderes políticos de oposición e impunidad para quienes cometen abusos desde la función pública; incremento de presupuesto para militares y policías y disminución para áreas “prescindibles” como educación y cultura.

Infancia es destino y la impronta, esa primera imagen, marca la trayectoria del futuro. No cabe duda de que el guión para el inicio del nuevo sexenio debe de haber sido escrito por los mismos autores de la desafortunada parodia televisiva llamada El derecho de mandar. De hecho, la abusiva conexión con red nacional permitió manipular a voluntad los acontecimientos y presentar una escena

totalmente neutra de la toma de posesión del nuevo presidente el 1o. de diciembre, eliminando el auténtico sonido de la confrontación en el Congreso. Ojalá que esa escena originaria no determine los tiempos por venir. Después de seis años en que una pareja de audaces, impulsados por la ambición y la maldad de pequeños burgueses a punto de enriquecerse, nos hicieron retroceder al nivel mental de la idiotez, se ha iniciado una etapa blindada por la fuerza policíaco-militar, por el apoyo de los plutócratas, por los dueños de la sociedad del espectáculo y por una pléyade de ignorantes y oportunistas encaramados en la política social, que se encargarán de cuidar que los pobres no se brinquen del guacal de miseria en que los encierra la voracidad de los privilegiados.

Los espectadores de la televisión somos prisioneros de la caverna platónica pero al revés: nos dicen que la realidad verdadera son las sombras, las imágenes perfectamente armadas para tranquilizar las conciencias de millones de mexicanos furiosos por la situación tan crispada por la que atravesamos. No pasa nada. La transmisión en cadena nacional del acto inaugural estuvo a cargo de una pareja de “pulidos comentaristas”: un señor algo calvo y una güera con ínfulas de modelo que cree atreverse a pensar. Se trató de la más descarada tergiversación de los hechos. La güera, con una sonrisa a prueba de pesimismo, aseveraba que la protesta del “presidente” había sido tersa y en un ambiente “sin tensiones”. Se le escapó un lapsus que haría la delicia de Freud: “la presidencia empieza con mano dura”. Claro, las cámaras de la TV oficial hicieron que el jefe del nuevo sexenio apareciera ante las cámaras de diputados y senadores en un acto repentino de magia. En escenas anteriores se lo había mostrado saliendo de su casa en una colonia de clase media vitoreado por los vecinos eufóricos, que en la comedia representaban al pueblo de casi ciento veinte millones que habitan este país o son backwet más allá de la frontera norte. El ungido, entretanto, se dedicaba a besar niños con el mismo entusiasmo del Papa. La familia “tipo mexicana” en su tránsito imparable hacia el edificio de San Lázaro, custodiado como un auténtico búnker por militares, policías, guaruras. Juramento a la carrera con un payaso de elevada esta-

tura y bigotito que exhibía una sonrisa de ganador de palenque en la riña de gallos y que portaba una misteriosa banda tricolor, ya que en esa operación de asunción del cargo de presidente al estilo midnight cowboy había depositado una banda similar en manos de un cadete militar. El resultado: ni siquiera un video para mostrar a los millones de pobres. Los jóvenes y los viejos, las mujeres y los niños, estudiantes y trabajadores, reunidos por miles desde temprana hora hacían guardia en el Zócalo del D. F. para dar testimonio de que el país no está dividido sino partido en dos.

Si no lo transmite la televisión, no existe. Y la televisión sigue en manos de un duopolio aliado por distintos vínculos con el otro duopolio. Los monopolios conviven con los duopolios en el plano cultural, social, económico, político. Forman mafias para el control de espacios que les permitan negociar más espacios de poder. Las voces informativas pensantes son sancionadas por los monopolios de la comunicación: ahí están los casos de represión en contra de Carmen Aristegui, Ricardo Rocha, José Gutiérrez Vivó. Un sátrapa sigue ostentando el título de gobernador en Oaxaca al tiempo que extermina a la dirigencia del pueblo que se le opone, o como Porfirio Díaz redivivo los deporta a Nayarit. En apariencia, ya nadie recuerda al “góber precioso” y su manejo discrecional y brutal del poder. Otro ex gobernador queda exonerado de los cargos de peculado y enriquecimiento ilícito. Por supuesto, la causa debió caratularse como “enriquecimiento explicable”. Explicable por la corrupción que denuncia el senador demócrata estadounidense como un mal endémico del país. El gobierno federal, sumiso ante el Capitolio, no se atreve a tocar a ese funcionario extranjero ni con el pétalo de un nopal (Efraín Huerta). Muy distinto hubiera sido si las mismas palabras provinieran de un Fidel Castro o de un Hugo Chávez. Ahí sí, toda la faramalla de amagar con ruptura de relaciones por haber ofendido al “México” inexistente que vitoreaban los diputados y senadores del PAN apoderados de la tribuna del Congreso, “con razones justas”. La grabación que revela la complicidad de un ahora senador con el rey de la mezcilla no pasa de ser una grabación que

“no tiene valor probatorio”. Dicho político escenifica el papel de pertenecer a un partido “equilibrado” y pulcro, defensor de las instituciones, mientras oscuros empresarios financian un spot para denunciar ante los niños que el PRD golpea al país.

Y aquí he mencionado un punto central. El problema no es el PRD ni López Obrador. Muchos no pertenecemos a ese partido y muchos no aprobamos las acciones del tabasqueño. Pero la imagen de violentos y de “peligro” para el país que se les atribuye ha sido pacientemente elaborada por el poder mediático con un fin preciso: usar esa imagen para legitimar a los poderosos como representantes del orden y alertar a la gente sobre cualquier opositor para que le cuelguen el mote de revoltoso e irresponsable. Al descalificar al PRD y a AMLO, se descalifica automáticamente, y sin nombrarla, a una amplia masa de dirigentes populares de la sociedad civil, intelectuales que sí piensan y gente sencilla que se opone a la impunidad de los influyentes, a la justicia manejada por un grupúsculo que exonera a sus cómplices (memento “amigos del nuevo innombrable”, Pemexgate, el divino, Cabal Peniche, Espinosa Villarreal, dueños de bancos comprados por una bicoca), a la cultura light propiciada por animadores en superación personal, a la complicidad con las bandas de narcotraficantes que ocasionaron más de dos mil muertes nunca aclaradas en 2006, a las policías que sólo sirven para enriquecerse con la extorsión de la mordida y reprimir sin piedad a manifestantes pacíficos, a la situación de extrema indigencia en que los gobiernos y los propietarios del sindicato han sumido la escuela pública. La lista es muy larga y el lector la puede completar con su propia experiencia.

Lamentablemente, esta casta en el poder supone que, por encima de la inteligencia, el sujeto de la historia es el dinero (que todo lo compra, hasta el honor) y la fuerza bruta “disuasiva” (que todo lo acalla). Estamos obligados a buscar por todos los medios que no nos sigan avasallando y a organizarnos en todos los niveles. No permitamos que la globalización siga sumando muertos en una guerra de pobres contra pobres. ■